

Los totalitarismos del siglo XX: nacionalsocialismo y comunismo

TERESA CID

Sumario

1.- Nacionalsocialismo, comunismo y democracia. 2.- El espíritu totalitario. 3.- Primacía de la acción: fascismo y nacionalsocialismo. 4.- Hegelianismo y totalitarismo. 5.- El irracionalismo filosófico: el mito. 6.- El totalitarismo soviético. 7.- El Estado fascista. 8.- El Estado totalitario nacionalsocialista. 9.- Nacionalsocialismo y progresismo. 10.- Cuestionario y bibliografía.

1. Nacionalsocialismo, comunismo y democracia

Un recuento de las teorías políticas del siglo XX tiene que concluir, forzosamente, con una comparación del *nacionalsocialismo* y el *comunismo* y de ambos con la *democracia liberal*. Porque los tres se han disputado la lealtad de los hombres, han exigido a sus partidarios milagros de esfuerzo y sacrificio y el nacionalsocialismo fue destruido gracias a una alianza temporal entre los otros dos.

Muchas de las semejanzas entre el nacionalsocialismo y el comunismo son superficiales y manifiestas. Ambos se desarrollaron debido a la desmoralización social y económica, consecuencia en parte de la guerra. Ambos eran dictaduras políticas. Ambos descartaron despreciativamente los auxilios parlamentarios para la deliberación y negociación, creados por siglos de experiencia política europea. Ambos se vieron obligados a restablecer las purgas como institución política. Ambos toleraron únicamente *un solo partido político*, con su propio aparato coactivo.

Según la teoría de ambos, el partido era una aristocracia autoconstituida, con la misión de dirigir, instruir y forzar a la gran masa de la humanidad a seguir el camino debido. Ambos eran *totalitarios* en el sentido de que suprimían la distinción liberal entre los campos del criterio privado y del control público y ambos convirtieron el sistema educativo en un instrumento de adoctrinamiento universal. Ambos eran absolutamente dogmáticos en su filosofía diciéndose poseedores, uno en nombre de la raza aria y el otro en nombre del proletariado, de una penetración superior, capaz de fijar las reglas del arte, literatura, ciencia y religión. Ambos crearon una estructura mental semejante al fanatismo religioso.

Por su estrategia, ambos eran inflexibles en sus afirmaciones, ilimitados en sus pretensiones, violentos contra sus opositores. Las filosofías sociales de ambos consideraban igualmente a la sociedad, esencialmente, como un sistema de fuerzas, económicas o raciales, entre las cuales se produce un ajuste mediante la lucha y el dominio más que a través del mutuo entendimiento y la concesión. Ambos consideran, pues, la política como una expresión de *poder*.

Tanto Hitler como Stalin fueron tiranos. Por lo que se refiere a los valores de la política, Hitler era un *nihilista*, no es posible relacionar con su carrera una sola idea o una política constructiva. Stalin utilizó ampliamente los métodos de la brutalidad y terrorismo. El nacionalsocialismo era políticamente cínico en su base: la intención permanente de manipular a la naturaleza humana mediante la intoxicación emocional y la histeria, no de realizar un valor sino de enaltecer a una élite autoformada que, en realidad, no era más que una pandilla. El comunismo era fanático. La teoría del nacionalsocialismo era una mezcla incongruente de mitos y prejuicios sin tener en cuenta ni la verdad ni la consistencia de los mismos.

A pesar de grandes y auténticas diferencias, las filosofías de ambos tenían una característica en común. Ambas tienen la marca genuina del *fanatismo*: en un momento dado, se volvieron inaccesibles intelectualmente para quien no fuera un devoto. Ambos exigían la *renuncia al juicio crítico* por la fe ciega y levantaron una barrera a la comunicación entre iniciados y extraños y entre dirigentes y seguidores. El nacionalsocialismo construyó una barrera con la falsa pretensión de la pureza de la raza, el mito de una ciencia y arte arios, incomprendible para los pueblos no arios, e igualmente trazaron una línea insalvable entre la élite y las masas. Su filosofía era abiertamente irracionalista y dependía de una concepción que no podía ser racionalmente criticada sino que debía ser simplemente captada.

También el comunismo levantó una barrera que es insalvable. Porque a través de un racionalismo falseado, el materialismo dialéctico se convirtió en una evolución encaminada a poner fin a la evolución. Antes de su consumación mística en una sociedad sin clases, la civilización se divide en civilizaciones capitalistas y socialistas, tan hostiles que coexisten en un estado de guerra que sólo puede terminar mediante el dominio de unas por otras. El dominio de la dialéctica se convierte, prácticamente, en un saber esotérico poseído sólo por los adeptos al marxismo, por encima de la crítica de las masas a las que guían. El gobierno tanto para los comunistas como para los nacionalsocialistas es el control de la sociedad por una élite, la única que tiene acceso a la verdad y que goza, pues, del privilegio de dictar la conducta y las ideas.

La consecuencia excesivamente peligrosa de creer que una sociedad debe ser estructurada de acuerdo con un principio único de organización es que la relación entre las sociedades es considerada entonces como una competencia entre sistemas incompatibles. La política internacional se convierte entonces en una gran competencia entre sistemas, cada uno de los cuales, por la lógica interna de su estructura, debe tratar de ser totalizador y, por lo tanto, debe dedicar todas sus energías a destruir a su competidor.

El problema fundamental no es ni lógico ni tecnológico. Es el problema moral de los seres humanos obligados a realizar sus transacciones en situaciones tales que la simple coacción está fuera del alcance de las dos partes. La solución no puede reducirse a un “sistema”, ni a una fórmula porque, sustancialmente, es una actitud o una estructura mental moral, en que hombres con aspiraciones opuestas se reúnen para considerar y, si es posible, para resolver sus diferencias.

En la larga historia de la tradición política esta actitud ha sido expresada en muchos idiomas filosóficos. Aristóteles lo sugirió cuando dijo que las capacidades distintivas del animal humano consisten en la posesión del lenguaje y en una percepción de lo justo y lo injusto. Porque estas

capacidades fundan la capacidad humana para formar comunidades distintas por su clase y las sociedades de animales gregarios y estas comunidades crean también la posibilidad de una relación diferente por su tipo de la relación entre el amo y el esclavo.

La misma actitud moral básica se expresó también en el idioma de las teorías del derecho natural que sirvió en la historia de la política occidental para crear un medio de comunicación cuando faltaban las instituciones o éstas eran inadecuadas. Expresaba la convicción de que los hombres pueden comunicarse con un espíritu de justicia. La creencia de que esta actitud es humanamente posible y que, como actitud, debe fundar el funcionamiento efectivo de cualquier conjunto de instituciones políticas, está arraigada en la larga tradición del humanismo occidental. Faltaba en Lenin, con su arrogante pretensión de poseer un conocimiento universal y esotérico.

2. El espíritu totalitario

El siglo XX fue el siglo del totalitarismo. Para ello, fue decisivo que apareciese en el transcurso de la guerra el primer Estado dispuesto a realizar plenamente el comunismo, la comunidad o sociedad perfecta¹. Las dos formas originales del Estado totalitario fueron el mecanicista Estado soviético y el biologicista Estado nacionalsocialista.

Según Alain de Benoist, el totalitarismo no es en Europa una posibilidad: es un *estado del espíritu*, una actitud mental anclada en un voluntarismo extremo. Augusto del Noce describió la cultura moderna como «intrínsecamente totalitaria» y Hannah Arendt mostró que solo es posible captar la esencia del totalitarismo mediante un análisis crítico de la modernidad. Enlaza con Claude Polin, quien piensa que la sociedad totalitaria no se hace de arriba abajo, sino de abajo arriba. Para Carl Schmitt la razón de ser del Estado totalitario hay que buscarla en la politización de toda la existencia por la democracia². Y para Claude Polin, comprender el totalitarismo es, entre otras cosas, comprender que las sociedades industriales y los *regímenes democráticos* son susceptibles de dos versiones, la *versión liberal* y la *versión totalitaria*³.

Max Scheler hablaba del «pacifismo conformista de los domesticados seres modernos». El *conformismo* puede ser el de los mejor situados en la estructura del poder, el que nace del engaño, el del espíritu del bienestar, el de la resignación. A juicio de D. Negro Pavón, el totalitarismo ha llegado a ser un estado mental casi inevitable⁴. Ello se debe al artificialismo y a

¹ K. POPPER, en *La sociedad abierta y sus enemigos*, escrita en el exilio durante la Segunda Guerra Mundial, se propone aplicar a la política sus teorías sobre la ciencia y el avance del conocimiento. Al tiempo, indaga en la historia de la filosofía para trazar los *orígenes del totalitarismo* que había desembocado en la guerra y en la radical crisis del pensamiento occidental. Popper aborda el problema con un firme optimismo respecto a la naturaleza humana, pues afirma que el *pensamiento totalitario y la destrucción asociada a él nacen del empeño sincero de los hombres en mejorar su condición y la de sus semejantes*, si bien su buena voluntad descarrila al ser guiada por filosofías utópicas y metodológicamente equivocadas. En la obra, el pensador vienés realiza una acerada crítica al marxismo, aunque *reconoce en Marx un sincero interés en mejorar las condiciones de las clases humildes*.

² Cf. C. SCHMITT, *Legalidad y legitimidad*, Aguilar, Madrid 1971.

³ Cf. C. POLIN, *Le totalitarisme. Que sais-je*, PUF, Paris 1982.

⁴ Cf. D. NEGRO PAVÓN, *Historia de las formas del Estado. Una introducción*, El buey mudo, Madrid 2010, 301 ss.

la politización de la inteligencia que acompañan al estatismo. Éste predispone las conciencias con sus posibilidades tecnológicas a aceptar el totalitarismo.

El totalitarismo nace del modo de pensamiento político que rechaza la política como custodia del orden existente, entendiéndola como la *construcción* de un nuevo orden. Se trata de construir otra realidad con la mirada puesta en la producción de un *hombre nuevo* con la ayuda de la ingeniería social. La misión del Estado consiste en crear una nueva conciencia social acorde con las enseñanzas de la ciencia. Lo moral tiene que ser idéntico a lo social y la conciencia individual deberá reflejar la conciencia colectiva. La definición del bien y el mal, es pues, un derecho del Estado. La única verdad es la verdad del orden estatal. Un nuevo orden, que crea también una neolengua.

La *neolengua* de la que hablaba Orwell⁵, es propia de los lenguajes totalitarios. La neolengua es una tergiversación artificial del lenguaje natural. Es un lenguaje neutralizador que facilita la acomodación a la realidad imaginada por la utopía. Por ejemplo, pervierte el lenguaje como en la típica expresión «interrupción voluntaria del embarazo» para referirse al aborto, es decir, al hecho de eliminar definitivamente un nuevo ser humano; “suicidio asistido” para referirse a la eutanasia. La neolengua, al paralizar la inteligencia, interioriza el *conformismo* que alivia el miedo.

Como señala Hannah Arendt, los tres grandes Estados propiamente totalitarios han sido el Estado soviético, aproximadamente desde 1935 cuando comienzan las purgas de Stalin, el Estado nacionalsocialista de Hitler, desde 1935, y la China de Mao desde el comienzo de la famosa revolución cultural⁶.

En los “paternales” Estados totalitarios clásicos –soviético y nazi-, las voluntades se doblegan directamente mediante el terror. En los “maternales” Estados totalitarios socialdemócratas liberales, más sutiles, más pacifistas, indirectamente, manipulándolas de diversas maneras, se trata de suscitar un *conformismo infantil*. La política totalitaria del “terror suave” culmina en la legalización de la *cultura de la muerte* (aborto, eutanasia, droga, etc.) que borra de las conciencias la distinción entre el bien y el mal (en los regímenes totalitarios el bien puede surgir del mal) al negar que la muerte tenga un sentido. En el fondo, el asunto es más grave que en los totalitarismos paternales, porque desaparece la conciencia de resistir por lo menos moralmente.

Paternal y maternal son dos conceptos muy útiles para distinguir las dos formas principales del totalitarismo. El Estado totalitario paternal utiliza la violencia y la persuasión, con predominio

⁵ Cf. G. ORWELL, 1984, Austral-Destino, Barcelona 2008³. Al final de la novela aparece un apéndice titulado *Los principios de la neolengua* donde se explican los principios básicos de la misma. La neolengua era uno de los pilares básicos del régimen autoritario del Partido. Por ejemplo: la palabra “libre” solo se podía utilizar en afirmaciones como “este perro está libre de piojos”, pero no se podía usar en su viejo sentido de “libertad política”; palabras como “malo” se convierten en “nobueno”, etc. La finalidad de la neolengua no era aumentar sino disminuir el área de pensamiento. El Ministerio de la Paz se ocupa de la guerra; El Ministerio de la Verdad, de las mentiras, elaboraba informes para adaptar el pasado a los intereses del Partido; el Ministerio del Amor, de la tortura; el Ministerio de la Abundancia del hambre. Se dice que Orwell tomó como modelo para su neolengua el lenguaje utilizado por la propaganda totalitaria nazi y soviética del momento y tan sólo tuvo que imaginar cuál podría ser la tendencia de este uso político del idioma. Hoy el *lenguaje políticamente correcto* es un ejemplo claro de neolengua en el mundo real.

⁶ Cf. H. ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid 2001.

de una u otra según los casos, sometiendo todo a la voluntad de la omnipresente maquinaria estatal. El Estado totalitario maternal es más peligroso, prefiere persuadir a medio plazo mediante la educación y la propaganda e intimidar con medidas legales que hacen la labor de zapa de la conducta; si recurre a la violencia las penas que impone son leves, de carácter persuasivo; son más bien correctivos para que los inculpatos tomen conciencia de su desviación de la conciencia colectiva.

Toda forma totalitaria del Estado promueve la inseguridad vital. Esta inseguridad psicológica genera angustia y temor; las depresiones, tan corrientes, son, entre las gentes infantilizadas, un indicador. La esencia del conformismo totalitario de cualquier signo es el temor a la realidad. Ésta es la causa última del miedo a la verdad y a la libertad, que afecta por igual a gobernantes y gobernados.

Los actuales Estados totalitarios maternales, oficialmente humanitarios y pacifistas desde el principio, son también grandes empresas, pero más bien como un *holding* de la pluralidad de servicios públicos que pueden funcionar como “si” fuesen privados.

Tocqueville había profetizado el advenimiento de lo que hoy se entiende por totalitarismo, como un resultado posible de la concentración de poder y del igualitarismo que pervierte el espíritu democrático, combinados con la tiranía de la opinión corrompida por el espíritu de bienestar. Sin embargo, al totalitarismo no le basta controlar la opinión. La tiranía de la opinión es el medio para unificar las conciencias formando una suerte de gigantesca conciencia colectiva, a fin de uniformar la conducta. Lo que hoy se llama la política correcta: hablar como todos hablan para domesticar el pensamiento; sustituir la obediencia pasiva por la obediencia ciega.

El germen del Estado totalitario estaba en la versión jacobina del Estado-Nación. El jacobinismo fue la primera “izquierda” y, en este sentido, aunque no toda izquierda es totalitaria, todo totalitarismo es de izquierda. La revolución inspirada por la ideología marxista-leninista implantó el totalitarismo en Rusia en 1917. La respuesta totalitaria a este Estado totalitario vino de Alemania, donde se instauró el Estado nacionalsocialista, otro Estado socialista.

El totalitarismo no respeta siquiera formalmente la distinción entre el Estado y la Sociedad. Su idea consiste en fundirlos sometiendo todo directamente al aparato estatal. Su *background* era originariamente nacionalista, y esto es aplicable tanto al Estado soviético, a pesar del internacionalismo de su ideología, como a los demás Estados totalitarios. Es indiscutible que, por ejemplo, Stalin nacionalizó expresamente el marxismo y que en los demás casos –China, Cuba, etc.- el nacionalismo es un poderoso sustrato. No es casual que el marxismo-leninismo haya contribuido poderosamente a introducir el nacionalismo en los pueblos extra europeos y a su intensificación en los europeos propiciando movimientos particularistas. Mises demostró irrefutablemente que todo socialismo tiene que ser nacionalista y viceversa⁷.

El espíritu totalitario, que inventa la realidad, es *nihilista*. Parte de cero, de la nada, para introducir transformaciones radicales en las sociedades. La idea es lograr la nueva sociedad completamente homogénea, perfecta, poblada por hombres nuevos viviendo colectivamente:

⁷ L. VON MISES, *El socialismo. Análisis económico y sociológico*, Hermes, México 1961.

ciudadanos perfectos desprovistos de pasiones egoístas. Lo único libre, para compensar la presión, es decir, como “opio del pueblo”, son los instintos y los deseos biológicos, especialmente sexuales.

«La ideología totalitaria –decía Ebenstein- trasciende los límites de lo político y económico y aspira a alcanzar el dominio sobre la vida y la mente del hombre en su totalidad»⁸. El resultado es una dictadura soberana entregada a la revolución legal permanente, que constriñe o liquida todas las formas de vida comunitarias o asociativas naturales. El Estado totalitario sustituye, pues, el Estado-Nación por una suerte de ficticio Estado popular proletario, cuyo núcleo o élite, el verdadero pueblo estatal portador de la conciencia totalitaria, es el partido o movimiento identificado ideológicamente con una clase nacional o pretendidamente internacional, una raza, una etnia, una cultura, una lengua, uno de los dos sexos, etc, para el que las clases, razas, etnias, culturas o lenguas o el sexo rival, hacen de chivos expiatorios.

Persiguiendo la homogeneización de los espíritus, el Estado totalitario es enemigo de la libertad de conciencia, por lo que monopoliza drásticamente la opinión pública, la libertad de pensamiento, mediante la propaganda. En sus versiones “liberales”, suele aceptar en principio la objeción de conciencia; pero generalmente la rechaza en aquellos aspectos que considera fundamentales, por ejemplo, los impuestos.

Nunca se insistirá lo suficiente en que la democracia política es únicamente una forma del gobierno, del régimen político, no de la sociedad. La democracia social es el fermento del *êthos* totalitario. El problema de fondo es la confusión entre la democracia como forma de gobierno y la democracia como estado natural de la sociedad.

Tanto el fascismo como el nacionalsocialismo alemán fueron intrínsecamente esfuerzos por suprimir todas las diferencias de clase y de grupo dentro del propósito único del engrandecimiento imperialista. Los mitos que constituían su filosofía estaban destinados a lograr este propósito. Por eso el resultado práctico de ambos, por racionalizado que fuera, fue la organización interna totalitaria del Estado.

El gobierno puede y debe controlar todo acto y todo interés de cada individuo o grupo, para utilizarlo en el incremento de la fuerza nacional; el gobierno no sólo es absoluto en su ejercicio sino ilimitado en su aplicación. Nada está fuera de su jurisdicción. Todo interés y todo valor – económico, moral y cultural- como parte de los recursos nacionales, debían ser controlados y utilizados por el gobierno.

La educación se convirtió en su instrumento y también, en principio, la religión aunque ni el fascismo ni el nacionalsocialismo lograron obtener la aceptación de las iglesias. El ocio y la recreación se convirtieron en instrumentos de propaganda y fueron reglamentados. Al individuo no le quedó ningún recinto privado que pudiera llamar suyo y no se mantuvo ninguna asociación de individuos no sujeta al control político. En el totalitarismo *todo el hombre es público*, la dimensión social abarca toda la vida, no queda lugar para la intimidad. Los disidentes son enviados a los campos de concentración o al psiquiatra.

⁸ W. EBENSTEIN, *El totalitarismo*, Paidós, Buenos Aires 1965.

El resultado fue paradójico. Aunque el individuo era “organizado” en todos sus movimientos, se encontraba más solo que nunca. Era impotente en manos de organizaciones de las cuales era nominalmente miembro y que pretendían hablar en su nombre y proteger sus intereses. Pero él nada tenía que decir en relación con esos intereses. La sociedad totalitaria estaba verdaderamente atomizada. El pueblo estaba constituido literalmente por las “masas”, sin ninguna información salvo la que quisieran proporcionarle los órganos de propaganda y sin ninguna facultad para encaminarla a sus propios fines.

El control que ejercía el totalitarismo sobre la economía se extendía naturalmente a la prensa, la educación, la investigación y el arte. No había que descuidar ningún canal de influencia, como había dicho Hitler, “desde el libro de lectura del niño hasta el último periódico, todos los teatros y todos los cines”. La instrucción en todos los campos, incluyendo la ciencia, debía convertirse en “medio de fomentar el orgullo nacional”. Brzezinski, citado por Benoist⁹, enumera seis criterios para caracterizar los regímenes totalitarios:

- 1.- Una ideología oficial que abarca todos los sectores de la vida social.
- 2.- Un partido único enraizado en las masas.
- 3.- Un sistema político organizador del terror.
- 4.- Un control, monopolístico de los medios de información y comunicación.
- 5.- Un monopolio de medios de combate.
- 6.- Una dirección centralizada de la economía.

El totalitarismo no se puede explicar, como las tiranías clásicas, por un contraste entre una minoría dominante y una mayoría dominada. No es tanto un Estado todopoderoso, cuanto un sistema que engloba estructuralmente todas las funciones de la sociedad y que es responsable del desmoronamiento de las formas tradicionales de actividad social. Los regímenes totalitarios consagran no tanto la tiranía de unos pocos sobre muchos, sino –en una perspectiva hobbesiana– *la dominación de todos sobre cada uno*. Escriba a este respecto Claude Polin: « El *poder totalitario* es, en primer lugar, *la tiranía de todos sobre todos*; el verdadero fundamento del poder de quienes se hallan en la cúspide de la jerarquía es el poder de quienes constituyen la base»¹⁰.

El totalitarismo puede definirse por tanto como una «tiranía de un tipo nuevo, que compagina extrañamente *la coerción sobre todos y la participación de todos*»¹¹. Hannah Arendt ha demostrado que los sistemas totalitarios masacran a los hombres no solo por lo que *hacen* sino por lo que *son*. Un rasgo característico del terror totalitario es que alcanza su punto culminante cuando el régimen ya no tiene adversarios, redoblándose cuando ya no tiene razón de ser. Cuando ya no hay más oponentes, lejos de bajar la guardia, los vuelven a crear ellos mismos.

⁹ Cf. A. DE BENOIST, *Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989)*, Áltera, Barcelona 2005, 100.

¹⁰ C. POLIN, *Le totalitarisme*, PUF 1983, 117.

¹¹ *Ibidem*, 100.

3. Primacía de la acción: fascismo y nacionalsocialismo

“*Nuestra doctrina es el hecho*”, declara Mussolini en 1919, no cesa de repetir que la acción prima sobre la palabra, que el fascismo no necesita un dogma sino disciplina. “Los fascistas tenemos el valor de rechazar todas las teorías políticas... Nos basta con tener un punto de referencia: la *nación*”. Sólo hacia 1929 sentirá la necesidad de dar al fascismo una doctrina. Aun así, esa doctrina es puramente sintética, imprecisa y oportunista.

En cuanto a Hitler, se niega durante la campaña electoral de 1933 a presentar un programa: todos los programas son inútiles –dice-, lo que importa es la voluntad humana; *Mein Kampf* es una autobiografía apasionante y un llamamiento a la acción, mucho más que una obra doctrina. Las manifestaciones de Hitler son las de un hombre obsesionado por algunas ideas fijas, en absoluto las de un teórico.

La doctrina se reduce pues, a un reducido número de principios, que son esencialmente *principios para la acción*. Pero ni el fascismo es tan sólo la doctrina de Mussolini ni el nacionalsocialismo se reduce a las ideas políticas de Hitler. Los principios o las instituciones importan menos que la adhesión al sistema; y las aberraciones o crímenes de algunos. Algunas obras tienden a presentar a los dirigentes como hombres profundamente depravados o psicológicamente desequilibrados. Sin embargo, en lugar de analizar el contenido de la doctrina fascista o de la nacionalsocialista, resulta más conveniente discernir las causas que explican su difusión.

1.- *Un nacionalismo de vencidos*. El fascismo y el nacionalsocialismo nacieron de la guerra. Fueron, en primer lugar, una reacción de humillación nacional ante la derrota. Expresaron también la desorientación de los antiguos combatientes, en quienes la guerra dejó una profunda huella y que se sentían extraños en su propio país.

2.- *El verdadero socialismo*. El fascismo y el nacionalsocialismo nacieron de la miseria y de la crisis, del paro y del hambre. Se afirma que el nacionalsocialismo es el “verdadero socialismo” que no consiste en alzar a unas clases contra otras, sino en hacerlas vivir juntas, en unir las en el seno de la comunidad nacional. Marx, como era judío es ajeno al sentimiento nacional, el verdadero socialismo nacional no es materialista sino idealista; la lucha de clases debe ser sustituida por la solidaridad nacional; sólo una nación unida es lo suficientemente fuerte como para subsistir al caos universal.

4. Hegelianismo y totalitarismo

Ha existido una cierta tendencia a establecer ciertas derivaciones del pensamiento de Hegel hacia el campo de los movimientos totalitarios, para convertirlo en sustrato de los mismos, en la medida que en el pensamiento de aquél el Estado se presenta como superación de los intereses contrapuestos y egoístas propios de la sociedad civil.

Sin embargo, no debe olvidarse que el sistema de Hegel era, en general, incompatible con toda filosofía que pudiera definirse como un mito. El hegelianismo pretendía ser una explicación

lógica de la Historia y la dialéctica debía demostrar que todo proceso lógico es estrictamente racional y necesario. De ahí que Hegel estuviera en contra de la idea de que la Historia es dominada o influida por héroes o individuos superiores, como propugnaban los movimientos totalitarios para justificar la supremacía de unos Estados sobre otros a lo largo del tiempo o el liderazgo y la sumisión al mismo.

En este sentido, el heredero moderno del hegelianismo es más bien el materialismo dialéctico de Marx, pero en la medida que el fascismo y el nacionalsocialismo tras la Primera Guerra Mundial debían afianzarse frente al marxismo y el liberalismo parlamentario, utilizaron a medias la idea hegeliana de Estado, entendida de forma espiritual como elemento unificador de las fuerzas de la nación y superador de los intereses particulares egoístas propios del ámbito civil.

Cuando Mussolini comprendió que el fascismo necesitaba de una filosofía política confió esta tarea a Giovanni Gentile, quien desde hacía tiempo proclamaba su pertenencia a una escuela italiana de filosofía hegeliana. Aprovechó sus conocimientos de la concepción hegeliana del Estado y así la teoría del fascismo italiano tuvo como lema: *“Todo para el Estado, nada contra el Estado y nada fuera del Estado”*. El fascismo debía concebirse como una “concepción religiosa” que entiende al hombre vinculado con una ley superior, una voluntad objetiva, que trasciende lo individual, colocándolo como miembro consciente de una sociedad espiritual. Esta tarea la realiza el Estado que es quien crea la nación. Para Mussolini el Estado es una realidad anterior y superior a la nación. El Estado es quien crea la nación, quien le permite florecer.

Por su parte, el nacionalsocialismo no sólo rechazó o restó importancia a Hegel, sino que defendió la tesis de que el Estado era, cuando más, un medio para defender el pueblo, la raza, y debía ser combatido si no servía esos fines. El Estado no era un fin en sí mismo, sino un medio para facilitar y proteger la comunidad nacional.

El Estado nacionalsocialista no desempeña más que un papel de instrumento, de aparato. La realidad fundamental es el *Volk* (el pueblo). El pueblo alemán no es sólo el conjunto de alemanes del siglo XX, es una realidad histórica y biológica, la raza alemana y la historia de Alemania a un tiempo. Así pues, el Estado nacionalsocialista no es sino un momento del destino alemán. Esta concepción del Estado, considerado como la emanación del *Volk*, es profundamente diferente de la concepción fascista.

5. El irracionalismo filosófico: el mito

El irracionalismo filosófico había formado una corriente persistente en el pensamiento filosófico europeo a lo largo del siglo XIX, aunque el fascismo y el nacionalsocialismo no eran filosóficamente valiosos, constantemente trataron de elevar su nivel jactándose de una afinidad con ese pensamiento. El irracionalismo había sido marginal, en el sentido de que había atraído a artistas y literatos más que a los científicos o pensadores académicos. La sociedad industrializada no había sido un medio propicio para los artistas y místicos. El irracionalismo nació de la experiencia de que la vida es demasiado difícil, que una sociedad convencional es intolerablemente rígida y superficial.

Aunque un irracionalismo de esta especie no había tenido consecuencias políticas ni sociales, había combinado dos tendencias que, al mismo tiempo, se oponían lógicamente pero eran compatibles emocionalmente. Había sido un culto del *Volk*, el pueblo o nación y un culto del héroe, el genio o el gran hombre. Especialmente en Alemania este culto del *Volk* había sido característico del romanticismo literario. En su capacidad como creador de cultura, se imagina que el pueblo actuaba colectivamente más que mediante la invención individual.

El culto al héroe fue una cualidad auténtica del pensamiento romántico de Carlyle y Nietzsche. El individualismo del héroe es lo opuesto del igualitarismo democrático. Desprecia las virtudes utilitarias y humanitarias de la vida burguesa ordenada. Es el aristócrata por naturaleza, impulsado a la creación por las fuerzas demoníacas de su propia alma, el pueblo lo adora.

Los progenitores de este tipo de pensamiento irracionalista en la filosofía del siglo XIX fueron Schopenhauer y Nietzsche. El primero veía tras la naturaleza y la vida humana la lucha de una fuerza ciega, a la que llamaba “voluntad”, una lucha sin fin y sin propósito, un esfuerzo agitado que crea y destruye sin obtener nada. El segundo considera que si la vida y la naturaleza son realmente irracionales, el irracionalismo debe afirmarse moralmente lo mismo que intelectualmente. Si los resultados de la actividad carecen de sentido, los hombres sólo pueden aceptar la acción misma independientemente de sus resultados: el valor está en la lucha e, inclusive, en la desesperanza misma de la lucha. No la piedad ni la renunciación, sino la afirmación de la vida y la *voluntad de poder* son las fuerzas internas de la personalidad. Es la exaltación del héroe. Todos los valores morales deben cambiarse: en vez de la igualdad, el reconocimiento de la superioridad innata, en vez de la democracia, la aristocracia de los viriles y los fuertes; en vez de la humildad cristiana la dureza y el orgullo, en vez de la felicidad, la vida heroica, en vez de la decadencia, la creación.

Esta no es una filosofía para las masas o, más bien, atribuye a las masas una categoría de seres inferiores, cuyo instinto es seguir al líder. Cuando se rompe ese sano instinto, las masas sólo crean una moral de esclavos. Nietzsche encontraba las dos grandes encarnaciones de esa moral de esclavos en la democracia y el cristianismo. El héroe, el superhombre desprecia la felicidad y crea sus propias leyes. Pero lo que atrajo hacia su filosofía a revolucionarios de todos los tipos fue su condena del filisteísmo y la vulgaridad del burgués moderno.

A pesar de cierta semejanza de sus ideas con la filosofía del fascismo y el nacionalsocialismo, la relación no era tan simple como se ha supuesto con frecuencia. Hitler se oponía a que se le considerase un superhombre y sentía verdadero desprecio por las masas a las que guiaba. Compartía con Nietzsche un odio sincero por la democracia y el cristianismo. El orgullo de Nietzsche era ser un buen europeo. Los únicos periodos de la historia europea que admiraba eran el Renacimiento italiano y la Francia de Luis XIV. No era totalmente antisemita.

El irracionalismo de Schopenhauer y Nietzsche era casi totalmente ético en su contenido y sus fines. Existía en la filosofía del siglo XIX, sin embargo, otras tendencias a minar la creencia de que la ciencia podía constituir una fuente válida de verdad. Las facultades intelectuales solo poseían un valor utilitario. Henri Bergson, es el exponente más popular de esta teoría, el irracionalismo de Bergson era el uso sistemático de la razón para minar a la razón y una crítica de las pretensiones de la inteligencia científica como fuente de la verdad. La función de la

ciencia es la utilidad más que el alcance de la verdad. Su fin principal era demostrar que la inteligencia es sierva de la “fuerza vital”.

Hasta fines del siglo XIX, el irracionalismo filosófico tuvo poco o nada que ver con la política. Una aplicación directa de la filosofía de Bergson fue intentada, sin embargo, por Georges Sorel. Sorel había sido siempre un violento crítico de las ilusiones del progreso y de la democracia y su socialismo sindicalista. Para Sorel lo social se convertía en un *mito*, una visión o símbolo para unificar e inspirar a los trabajadores en su lucha contra una sociedad capitalista. Todos los grandes movimientos sociales, creía, como por ejemplo el cristianismo, han surgido por la busca de un mito. Analizar un mito o inquirir si es verdadero –aun averiguar si es practicable- carece de sentido. Porque, esencialmente, es una imagen que puede evocar sentimientos y que aporta la cohesión y el impulso necesarios para descargar la energía revolucionaria.

Una filosofía política no es una guía racional para la acción sino un acicate a la decisión fanática y la devoción ciega. Sorel creía que la huelga general era un mito que podía inspirar a un partido proletario y, su idea de que una filosofía social debía ser una especie de mito se hizo característica del sindicalismo revolucionario. Mussolini fue, durante muchos años, agitador y periodista en este movimiento y revisó totalmente la traducción italiana del libro de Sorel en 1919, *Reflexiones sobre la violencia*. La concepción de la filosofía como un mito social pasó a formar parte, así, del fascismo, aunque el propio Sorel nunca fue fascista.

Concebida como un mito, la filosofía es una visión de la vida pero no un plan y mucho menos una teoría que depende de la razón. Es, más bien, una liberación de los profundos instintos de un pueblo, inherentes a la “fuerza vital” misma, a su “sangre” o “espíritu”. Mussolini dijo, en un discurso pronunciado en Nápoles en 1922, utilizando palabras que eran un eco de Sorel:

«Hemos creado un mito. El mito es nuestra fe, es una pasión. No es necesario que sea una realidad. Es una realidad por el hecho de que es un aguijón, una esperanza, una fe, porque es coraje. ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación!».

Este mito fascista era que la Italia moderna es heredera espiritual del Imperio Romano. La democracia es una culminación de la decadencia y la anarquía que se inició con la caída de Roma. La idea liberal de los derechos individuales fue el último paso para descartar la idea romana del derecho y, la autoridad del Estado, consecuencia del individualismo germánico. El propósito del fascismo es restablecer al pensamiento italiano dentro de la esfera de la doctrina política en sus propias tradiciones que son las tradiciones de Roma.

No hubo relación directa entre Hitler y Sorel pero no era necesario. El significado que atribuyó a la palabra *Weltanschauung* equivalía a lo mismo. Una “visión del mundo”, la política es fundamentalmente una batalla a muerte entre las distintas “visiones del mundo”.

En el nacionalsocialismo este “fundamento espiritual” es la raza o la sangre y la tierra, desempeñaron en Alemania el mismo papel que el mito de la Roma imperial en Italia. El uso de la palabra “mito” por Rosenberg en el título de su libro *El Mito del siglo XX* era un claro eco de Sorel.

Hitler invoca en servicio del nacionalsocialismo todos los poderosos mitos del romanticismo alemán: noches de Nüremberg, “nido de águila”, apoteosis pagana de los Juegos Olímpicos de 1936, etc. De esta forma, entre el jefe y su pueblo se establece una comunicación de la que hasta entonces ningún régimen político había ofrecido equivalente. Se emplean abundantemente las metáforas biológicas: “el jefe tiene como tarea esencial asegurar la circulación de la sangre racial”. Se produce así una especie de hipnosis, la presencia del jefe suscita el éxtasis. Un alto magistrado expresa así su reacción ante Hitler:

«Llegó entonces el gran escalofrío de la felicidad. Yo le miré a los ojos y él me miró a los míos, y no tuve más que un deseo: entrar en mí para quedarme solo con esa impresión inmensa que me abrumaba».

El Führer es el “resonador del alma colectiva”, “el catalizador del alma nacional”, así dirá: “Existo en vosotros y vosotros existís en mí”. Por consiguiente, el nacionalsocialismo afirma la *primacía de lo irracional*: “No es la inteligencia que corta los cabellos en cuatro la que ha sacado a Alemania de su desamparo, la razón os hubiese desaconsejado venir a mí, sólo la fe os lo ha mandado”. No se trata sino de “creer, obedecer, combatir”. Hitler encuentra así la concepción del mito que excita a las multitudes y las hace vibrar en un mismo arrebato.

Este irracionalismo se acompaña, naturalmente de una concepción anti-igualitaria de la sociedad. El nacionalsocialismo es hostil a los principios de la democracia igualitaria y del sufragio universal. No consiente que el número por el simple hecho de que es un número pueda dirigir las sociedades humanas. Niega que el número pueda gobernar por medio de una consulta periódica. Afirma la desigualdad irremediable, fecunda y bienhechora. Para Hitler “la historia del mundo está hecha por las minorías”.

Aparece así en primer plano el tema de la *élite*. Hitler no se preocupa por el origen de las élites, por su formación. Existen, y esto es lo esencial. Resulta sorprendente comprobar que el tema de la élite halla en la misma época igual favor entre los partidarios del nazismo que entre aquellos que intentan salvar la democracia liberal haciéndola más eficaz. El tema de la élite ha tenido un destino ambiguo. Hitler parece pensar en la superioridad de la raza aria y en la misión del pueblo alemán. Los débiles deben reconocer la superioridad de los fuertes, el papel de Estado consiste precisamente en “fundir las clases en una sola realidad económica y moral”.

Las ideas políticas de Hitler proceden según los estudiosos, del más puro darwinismo: los principios fundamentales de su política son la lucha, la raza y la desigualdad (que se oponen al pacifismo, internacionalismo y a la democracia). El racismo nacionalsocialista tal como está expresado en el capítulo XI de *Mein Kampf* o por Rosenberg en *El mito del siglo XX*, carece realmente de precedentes:

«Los pueblos que renuncian a mantener la pureza de su raza, renuncian al tiempo a la unidad de su alma... La pérdida de la pureza de la sangre destruye la felicidad interior, rebaja al hombre para siempre, y sus consecuencias corporales y morales son imborrables».

El pueblo alemán, organismo viviente, tiene necesidad de espacio para vivir. La geopolítica viene en apoyo de las pretensiones alemanas, que recogen las ambiciones del pangermanismo. Hitler afirma en 1932 que no se conquista el mundo por medios económicos; el poder del

Estado es el que crea las condiciones necesarias para el comercio, y no el comercio quien favorece la expansión política. La doctrina del “espacio vital”, política militar, mística, es antieconómica: se trata de hacer entrar en el Reich a todos aquellos que deben formar parte de él, incluso si son pobres. El número importa más que el bienestar, y el poder más que la riqueza. De esta forma Alemania se instala en la economía de guerra. La lógica del sistema reclama la guerra, y el régimen hitleriano, tras brillantes victorias, acabará por sucumbir en ella.

6. El totalitarismo soviético

El Estado soviético, instituido a partir del golpe de Estado que derrocó la Monarquía de los zares rusos, es la forma original de los Estados totalitarios. Marx, que detestaba el Estado, pensó en una abstracta dictadura transitoria del proletariado, como una suerte de *principe nuovo* colectivo¹². Lenin, enfrentado a una situación concreta, viendo en la “política jurídica” el arma para transformar la sociedad, hizo del Estado el instrumento idóneo de la dictadura del proletariado: «Los revolucionarios que no saben combinar las formas de lucha ilegales con todas –subraya Lenin- las formas de lucha legales son unos revolucionarios sumamente malos». Lenin idealizó la figura del revolucionario.

Poniendo énfasis en la “dictadura del proletariado” como la dictadura del partido único, adaptó el marxismo a las circunstancias rusas implantando un Estado supranacional con el pretexto de que la autodeterminación cultural es compatible con la planificación central. Aplicando su teoría del “revolucionario profesional” dedicado a la revolución permanente, inventó la política como una perpetua guerra civil en la que los buenos eran los miembros del partido y los malos el resto. Los bolcheviques transformaron el Estado despótico de Pedro el Grande en un Estado totalitario, para construir con él la sociedad comunista.

Como hemos señalado anteriormente, el término “totalitario” fue puesto en circulación por el fascismo italiano. Los soviéticos siempre rechazaron la denominación “totalitario”. Lo reservaron para los Estados fascistas, nacionalsocialista y las dictaduras no comunistas y para los Estados “capitalistas”; mientras establecían su propio supercapitalismo de Estado: el Estado como único propietario de todo.

La revolución comenzó haciendo del Estado zarista un Estado a la vez gubernativo y administrativo, autoproclamado socialista mientras los cambios sociales y de mentalidad no

¹² El *principe nuovo* maquiavélico, que funda los Estados nuevos, es el antecedente del “revolucionario” exaltado románticamente desde la Revolución francesa. El revolucionario típico pretende instaurar un régimen nuevo luchando contra la realidad. El terrorista es una de sus degeneraciones. El prototipo actual de revolucionario es el «Che» Guevara. Precisamente el éxito internacional de la Cuba castrista, imitadora del modelo soviético, no depende de sus logros sociales, sino, además de su antiamericanismo, de la mitificación de la idea de “revolución”. El éxito de su seguidor Chávez consiste igualmente en explotar ese mito romántico. Su revolución indigenista promete liberar a la humanidad entera. La Humanidad es el dios teórico del socialismo. El socialismo es revolucionario por naturaleza. Pero como demuestran los hechos, sus revoluciones, violentas a corto o largo plazo, se reducen a que se instalen en el poder oligarquías revolucionarias que explotan a sus pueblos. El socialismo sería imposible sin la propaganda. Según la propaganda cubana, ha ido de victoria en victoria a lo largo de sus cincuenta años. Sin duda, hasta la derrota final, como en el caso soviético; cf. D. NEGRO PAVÓN, *Historia de las formas del Estado. Una introducción*, El buey mudo, Madrid 2010, 323.

desembocase en el comunismo. Esta palabra, según Ebenstein, significaba en el siglo XIX –del que proceden casi todas las ideas bolcheviques–, que la totalidad de la propiedad era poseída por la comunidad entera. Al llegar ese momento, una vez conseguido el hombre nuevo, la estatalidad se habría extinguido. Esta forma estatal perduró en la Unión Soviética hasta la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989.

El bolchevismo, que tenía un fuerte componente eslavista¹³, odiaba la cultura occidental por ser burguesa y capitalista. Su objetivo inmediato consistía en cambiar la sociedad alterando radicalmente las estructuras existentes. Detrás del socialismo de cualquier especie se encuentra siempre el fantasma del hombre nuevo y el ansia de inmortalidad. De ahí la extraordinaria preocupación de estos regímenes por la juventud y la sanidad pública.

La “indisciplina o inadaptación social” llegaron a estar más perseguidos que los delitos comunes. El *Gulag*, la supresión del enemigo de clase, es decir, enemigo del Estado proletario, simboliza su actitud. El Partido representaba la conciencia colectiva de clase: los condenados en los famosos procesos-purgas de Moscú, ordenados por Stalin para deshacerse de sus rivales, aceptaban con devoción religiosa que su muerte haría posible la nueva humanidad proletaria y comunista.

El socialismo es una ideología de la sociedad industrial: desprecia al campesinado. Marx creía que su revolución únicamente podría tener lugar en sociedades industrializadas. Sin embargo, Rusia era una sociedad de campesinos. El objetivo fue, pues, el Estado industrial sin clases medias dirigido desde el Partido. Para construir el Estado industrial se estableció el capitalismo de Estado, aboliendo radicalmente la propiedad privada, que pasó a pertenecer al Estado.

Stalin sucedió a Lenin, interpretó infaliblemente que la dictadura del proletariado, pensada para una sociedad industrial, debería exterminar a los campesinos, a pesar de que el propio Marx, enemigo del Estado, era partidario de equilibrar la ciudad y el campo.

Trotsky construyó durante la guerra civil el Ejército Rojo del nuevo régimen. Persiguió con saña la religión tradicional, el cristianismo ortodoxo. Se impuso oficialmente el ateísmo como dogma fundamental del Estado-iglesia soviético, oficiando los intelectuales al servicio del Partido, de poder espiritual como un nuevo sacerdocio laico. El marxismo era el Antiguo Testamento y el leninismo el Nuevo. Propugnaba la moral del terror perfeccionada por Stalin al suceder a Lenin en el “papado”. Stalin, en virtud de su infalibilidad, inventó lo del pensamiento *políticamente correcto* como concordancia con las directrices del Partido. Apareció la *policía de la opinión*, y desaparecieron todas las limitaciones a la acción del poder, incluida la de la conciencia.

A pesar de sus lacras y carencias, el éxito de este Estado totalitario fue rotundo, gracias a la propaganda, quizá su arma más poderosa. Contribuyó enormemente a su prestigio, rayando en la mitificación, la acogida entusiasta por buena parte de los intelectuales occidentales: «*Estalinianos. Llevamos este nombre con orgullo/estalinianos*. Es esta la jerarquía de nuestro tiempo», escribió el gran poeta chileno Pablo Neruda. «El *anticomunismo* es un *perro*», dijo

¹³ Y según Solzhenitsyn, judaico. En su opinión fue decisiva la participación de los judíos en el asentamiento del bolchevismo. Véase en *Razón Española* (núm. 156, julio-agosto 2009) el importante comentario-resumen de M. Soria al libro de Solzhenitsyn, *Zweihundert Jahre zusammen*.

finamente Sartre. Hasta el arte se hizo bolchevique¹⁴. Esto constituye una prueba de hasta qué punto estaba difundida la mentalidad totalitaria con la ayuda de los intelectuales, artistas, literatos y profesores simpatizantes.

El gigantesco aparato propagandístico disimulaba los fracasos, haciendo creer a casi todo el mundo en el éxito del régimen en la persecución de la sociedad feliz, que es, supuestamente, una sociedad en la que reina la abundancia.

El Estado soviético se dio una Constitución del tipo nominal que, preocupada por parecer neutral, garantizaba las libertades. El Partido era el titular de la soberanía –su secretario general era de hecho el dictador soberano-, no existía libertad política ni social y se perseguían las libertades personales de pensamiento, religiosa y de conciencia, prohibidas en la práctica. Todo ello acompañado de una gran propaganda y de un sistema educativo en el que se inculcaba la religión marxista-leninista, interpretada por Stalin mientras vivió. Se eliminó el Derecho, haciendo pasar por tal las órdenes del gobierno: la política jurídica, una masa incesante de medidas de las que la policía secreta podía hacer caso omiso, sustituyó al Derecho.

La política exterior se orientó doctrinalmente a impulsar la revolución comunista mundial, en la que desempeño un papel principal la teoría, también leninista, de combatir el imperialismo de las potencias capitalistas. En la práctica su política exterior consistió en una política nacionalista para crear un gran Imperio soviético cohesionado por la ideología.

Con ocasión del 80 aniversario de la Revolución de Octubre, se publicó un *Libro negro del comunismo*, redactado por un grupo de historiadores bajo la dirección de Stéphane Courtois¹⁵, presenta un balance preciso y documentado del coste humano del comunismo. Este balance se cifra en cien millones de muertos, o sea, cuatro veces más que el número de muertos que esos mismos autores atribuyen al nacionalsocialismo.

En rigor, tales cifras no constituyen una revelación. Numerosos autores, desde Boris Souvarin hasta Robert Conquest y Solzhenitsyn, se habían interesado ya en el sistema de represión soviético (Gulag); en las hambrunas deliberadamente mantenidas –si no provocadas- por el Kremlin en Ucrania, que en 1921-22 y 1932-33 causaron cinco y seis millones de muertos respectivamente; en los millones de muertos provocados por la “revolución cultural” china, etc.

En los *Gulag* se encarceló y murieron millones de disidentes políticos del régimen comunista soviético (hombres, mujeres –esposas de traidores de la patria- y niños); el nombre no se hizo conocido en occidente hasta la publicación en 1973 de *El Archipiélago*, de Alexander Solzhenitsyn, que comparó los dispersos campos de concentración como una serie de islas. Se ha llamado *Gulag* al sistema soviético de represión, al conjunto de procedimientos que los prisioneros en alguna ocasión llamaron *tritador de carne*: las detenciones, los interrogatorios,

¹⁴ Véase A. GARCÍA-TREVIJANO, *Ateísmo estético, arte del siglo XX. De la modernidad al modernismo*, Landucci, México 2007.

¹⁵ S. COURTOIS (ed.), *El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión*, Ediciones B, Madrid 2010. Gulags, torturas, hambrunas, asesinatos, deportaciones, represión sistemática... Es un catálogo extenso de los actos criminales llevados a cabo por los distintos Estados comunistas en todo el mundo: Unión Soviética, Polonia, China, Corea del Norte, Camboya, Hispanoamérica... Escrito por académicos e investigadores europeos y editado por Stéphane Courtois, director de investigaciones del Centre National de la Recherche Scientifique.

el transporte en vehículos de ganado, el trabajo forzoso, la destrucción de familias. Los prisioneros de los Gulags fueron utilizados en las primeras pruebas nucleares (la primera fue desarrollada en Semipalatinsk en 1949) en áreas de descontaminación radiactiva y submarino nucleares.

Asombra la barbarie que es propia de sistemas políticos totalitarios, en los que las personas son dominadas por el principio de totalidad: la madre revolución, en este caso, es el principio de la vida y de la moral; el ser humano es insignificante a su lado, y por ello lo elimina directamente, incluso sin tratarse de un enemigo ideológico o político.

Sorprende cómo millones de rusos asumieron someterse y morir ante un poder así; el propio Solzhenitsyn, ya en prisión, era partidario del marxismo y del socialismo, y aceptaba la represión bajo el eufemismo de revolución, como tantos otros prisioneros. Da que pensar que el “archipiélago” tuviera su origen en la racionalidad, el cientificismo y la substitución del antiguo régimen por regímenes de libertades. La historia nos muestra que los hombres que vertieron más sangre fueron los que tenían más vivos deseos de hacer gozar a sus semejantes de la edad de oro con la que habían soñado.

Por su parte, el interés del libro editado por Stéphane Courtois, citado anteriormente, reside en que se apoya en una documentación rigurosa procedente en parte de los archivos de Moscú, hoy abiertos a los investigadores. Ésa es la razón de que las cifras que en él se reflejan no hayan sido apenas impugnadas, y la conclusión de un cierto número de observadores es que «el balance del comunismo constituye el caso de carnicería política más colosal de la historia»¹⁶ o que se ha establecido la verdad sobre el mayor, el más sanguinario sistema criminal de la historia. *El comunismo no ha matado en contradicción con sus principios, sino en conformidad con ellos*, es decir, el sistema comunista no ha sido solo un sistema que ha cometido crímenes, sino un sistema cuya *esencia misma era criminal*. A ello se añade el hecho de que el comunismo *ha matado más que el nazismo*, que ha matado *durante más tiempo* que él y que ha comenzado a matar *antes* que él.

«Los métodos instituidos por Lenin y sistematizados por Stalin y sus émulos –escribe Courtois– no solo recuerdan a los métodos nazis, sino que con mucha frecuencia son anteriores [...] Este mero hecho incita a una reflexión comparativa sobre la similitud entre el régimen que a partir de 1945 fue considerado como el más criminal del siglo y un régimen comunista que hasta 1991 ha conservado toda su legitimidad internacional y que, hasta hoy, está en el poder en varios países y mantiene adeptos en todo el mundo».

Por haber abordado ambos puntos –que el comunismo pueda ser considerado como intrínsecamente criminológico, y la comparación entre comunismo y nazismo¹⁷– Courtois se ha

¹⁶ Cf. A. DE BENOIST, *Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989)*, Áltera, Barcelona 2005, 15 ss.

¹⁷ Tal comparación ha sido establecida desde hace mucho tiempo por autores tan diferentes como Waldemar Gurian, Elie Halévy, George Orwell, Victor Serge, André Gide, Simone Weil, Marcel Maus o Bernard Shaw. La misma comparación ha servido de fundamento al estudio sobre el totalitarismo de Hannah Arendt. Igualmente, Allan Bullock ha redactado una biografía paralela de Hitler y Stalin. En los años treinta, como ha subrayado George Orwell, muchos se hicieron nazis por un miedo al comunismo, mientras que muchos se hicieron comunistas por un motivado horror al nazismo. El miedo justificado al comunismo empujó a sostener a Hitler en su “cruzada

visto atacado con inusitada violencia. Muy revelador a este respecto es el hecho de que se haya reprochado a Courtois el haber escrito que «la muerte por inanición del hijo de un kulak ucraniano deliberadamente condenado al hambre por el régimen estalinista “vale” lo mismo que la muerte por inanición del hijo de un judío del gueto de Varsovia condenado al hambre por el régimen nazi». Lo escandaloso no es la frase, sino que alguien pueda discutirla. Algunos han llegado a escribir que «todos los muertos no valen lo mismo». Que hoy en día sea preciso argumentar para considerar que un crimen es un crimen, o para demostrar que todas las víctimas valen lo mismo, es algo que dice mucho sobre el espíritu de nuestro tiempo, que sin duda puede calificarse de totalitario.

La comparación entre comunismo y nazismo es, de hecho, no solo legítima, sino indispensable para comprender la historia de la primera parte del siglo XX. *Comparar* no quiere decir *asimilar*: comparar significa *poner juntas*, para pensarlas bajo un cierto número de relaciones. Comparar tampoco quiere decir banalizar o relativizar. Las víctimas del comunismo no borran las del nazismo, del mismo modo que las víctimas del nazismo no borran las del comunismo. No es posible, pues, apoyarse en los crímenes de un régimen para justificar o atenuar la importancia de los cometidos por el otro: *los muertos no se anulan, sino que se suman*.

El comunismo ha destruido más vidas humanas aun que el nazismo, y sin embargo continúa prevaleciendo la opinión de que el nazismo ha sido, de cualquier forma, algo mucho peor que el comunismo. Ante dos sistemas igualmente destructores, ¿cómo puede juzgarse menos horrible al que ha destruido más? El argumento alegado con más frecuencia reside en la diferencia de inspiraciones: el nazismo habría sido la doctrina del odio a la humanidad en nombre de la superioridad de una raza, mientras que el comunismo habría sido una doctrina de la liberación (de amor a la humanidad). Es decir, uno se hace nazi por odio al género humano; y se hace comunista por razones rigurosamente inversas.

De aquí se concluye que los crímenes del nazismo eran previsibles mientras que los del comunismo procedían de una perversión del comunismo. El nazismo sería comparable a un asesino en serie, mientras que el comunismo sería como un altruista desdichado que mata a quienes pretendía socorrer. El nazismo, criminal por vocación, el comunismo, criminal por error. El terror comunista sería comparable a un suceso desdichado, a un accidente, de algún modo, meteorológico. En definitiva, el comunismo, pese a sus cien millones de muertos, podría describirse como un pensamiento del amor fraternal que ha caído en el odio sin haberlo querido. Este razonamiento es tanto como oponer una definición del comunismo proporcionada por sus partidarios a una definición del nazismo proporcionada por sus adversarios.

«Tenemos derecho a preguntarnos –escribe Courtois- por qué el hecho de matar en nombre de la esperanza en “alegres amaneceres” es más excusable que el asesinato vinculado a una doctrina racista. En qué la ilusión –o la hipocresía- constituyen circunstancias atenuantes del crimen de masas». En efecto, ¿por qué sería menos condenable matar a aquellos a quienes se les ha prometido la felicidad que matar a quienes no se les ha prometido tal cosa? *Hacer el mal en nombre del bien no es mejor que hacer el mal en nombre del mal*. Desde muchos puntos de

contra el bolchevismo”, y el miedo justificado al nazismo llevó a ver en la Unión Soviética la última esperanza de la humanidad.

vista hasta es peor. El vicio es aun menos excusable cuando lo practican los profesores de la virtud, porque éstos están más obligados que nadie a respetar sus principios. Los criminales son tanto más peligrosos cuanto que se presentan como bienhechores de la humanidad.

«El comunismo es más perverso que el nazismo —escribe Alain Besançon— porque se sirve del espíritu de justicia y de bondad para expandir el mal»¹⁸. El comunismo y el nazismo son sistemas políticos que reposan sobre *ideas falsas*. Ante esta constatación, su “generosidad” respectiva, supuesta o real, carece de importancia. Si en nombre de una idea “generosa” puede asesinarse al cuádruple de gente que en nombre de una doctrina del odio, quizá vaya siendo hora de empezar a desconfiar de la generosidad.

El *Libro negro* refuta la fábula del “Lenin bueno” y el “Stalin malo”, demostrando que el sistema de terror se instala en la Unión Soviética desde la llegada de Lenin al poder. En marzo de 1918, el régimen de Lenin, con solo cinco meses en el poder ya había hecho matar a 18.000 personas. En 1921 se cuentan ya siete campos de concentración cuyos internos son mayoritariamente mujeres y ancianos. Serán ya setenta y cinco en 1923, en cuya fecha un millón ochocientos mil oponentes ya habían sido asesinados.

La utopía de la sociedad sin clases y la utopía de la raza pura exigen por igual la eliminación de los individuos sospechosos de obstaculizar la realización de un proyecto grandioso; a saber, el advenimiento de una sociedad radicalmente mejor.

El obstinado rechazo de comparar el comunismo y el nazismo tiene una consecuencia directa: mientras que el nazismo es considerado como el régimen más criminal del siglo, el comunismo, que ha causado la muerte de un número mucho más considerable de hombres, sigue siendo considerado como un sistema impugnable, pero perfectamente defendible tanto en el plano político como en el intelectual o moral.

Por ejemplo, el nacionalismo corrientemente se asimila al fascismo, el cual a su vez es asimilado al nazismo, mientras que el socialismo nunca es considerado como potencialmente staliniano. La derecha siempre es sospechosa de “fascismo”, mientras que el comunismo, pese a sus errores, se supone que pertenece a las “fuerzas del progreso”. Un antiguo nazi se convierte en alguien indeseable para siempre, mientras que el hecho de haber sido comunista no acarrea ninguna pérdida de prestigio.

Más de cincuenta años después de la caída del III Reich, los crímenes nazis, no los crímenes comunistas, son objeto de una ininterrumpida avalancha de libros, películas, emisiones de radio y televisión. Más de medio siglo después de su muerte, Hitler prosigue una brillante carrera en los medios de comunicación, mientras que Stalin ya está casi olvidado.

En 1989, el sistema comunista se desmoronó por sí solo antes los asombrados ojos de quienes aseguraban meses antes que el bloqueo soviético era más poderoso que nunca y que el Ejército Rojo se preparaba para invadir Europa occidental. Los dirigentes soviéticos no solo no se han llevado ante los tribunales, sino que casi en todas partes (excepto en Alemania y en la República

¹⁸ A. BESANÇON, *Le malheur du siècle*, Fayard 1998.

Checa) se les ha autorizado a proseguir, bajo una u otra etiqueta, su carrera política. Esta amnistía de hecho no ha suscitado en Occidente ninguna protesta ni ninguna sorpresa especial.

«Si como fenómeno político el monstruo ha muerto –escribe Jean-François Revel-, sigue bien vivo como fenómeno cultural. *Cayó el muro en Berlín, pero no en las mentes*. Describir la realidad del comunismo sigue siendo un delito de opinión [...] ¿Por qué el negacionismo (el hecho de negar el holocausto judío) es definido como un crimen cuando se refiere al nazismo, y no lo es cuando se escamotean los crímenes comunistas? La razón consiste en que, a los ojos de la izquierda, subsisten buenos y malos verdugos»¹⁹.

7. El Estado fascista

El fascismo surgió con este nombre en Italia de la mano de Mussolini, un socialista sindicalista que captó las posibilidades que ofrecía el nacionalismo para superar las oposiciones entre las clases y las diferencias casi abismales entre el norte y el sur de Italia. El fascismo fue una hechura, un tanto anarquizante, de Mussolini, hombre culto, que se inspiró fundamentalmente en Hegel, Nietzsche –la voluntad de poder en el sentido de que solo necesita tenerla el jefe-, Sorel y su teoría del mito político, y el antimarxismo, en este caso más bien por su derivación bolchevique. Mussolini «fue un político auténtico cuya filosofía, aunque pervertida, surgió de la auténtica tradición europea»²⁰.

Invocando la nación como superadora de la lucha de clases, el Estado fascista fue, pues, históricamente una respuesta nacionalista contrarrevolucionaria frente al Estado totalitario soviético. A diferencia de este último, fue el primer movimiento de masas a la vez antiliberal y antimarxista (sin dejar de ser socialista). El fascismo, escribió Mussolini en la *Enciclopedia italiana* interpretando a Hegel, «es una concepción religiosa en la que se concibe al hombre en una relación inmanente con una ley superior, una voluntad objetiva que trasciende al individuo particular, y lo convierte en miembro consciente de una sociedad espiritual».

A pesar del lema mussoliniano «*nada fuera del Estado, nada contra el Estado, todo por el Estado*», inspirada en Hegel –quien nunca llegó a decir nada parecido-, y la destrucción de la división de poderes, el fascismo *conservó la separación y distinción formal* entre el *Estado* y la *sociedad* unidos en la nación organizada en corporaciones. La idea clave consistía en poner fin a las luchas entre las clases englobándolas corporativamente en la unidad superior de la nación politizada.

La principal particularidad del fascismo italiano es su *corporativismo*. A primera vista este corporativismo hace pensar en la doctrina de Acción Francesa, en la teoría de los cuerpos intermedios. En realidad el corporativismo fascista se parecía sólo muy superficialmente al corporativismo de la Acción Francesa, que era esencialmente un medio de contrabalancear la

¹⁹ El mismo autor constata: «Existe un negacionismo procomunista mucho más hipócrita, más eficaz y más difuso que el negacionismo pronazi [...] La organización del no arrepentimiento en relación con el comunismo habrá sido la principal actividad política de la última década del siglo, al igual que la organización de su no conocimiento habrá sido la de las siete décadas anteriores» («Nazismo-comunismo. El eterno regreso de los tabúes», en *Le Point*, 10 de octubre de 1998, 118-119).

²⁰ R.H.S. CROSSMANN, *Biografía del Estado Moderno*, Fondo de Cultura, México 1965, 315.

influencia del Estado. Las corporaciones italianas estaban, por el contrario, al servicio del Estado. Se trata menos de un corporativismo análogo al del Antiguo Régimen que de una teoría del Estado corporativo.

El Estado fascista también fue una típica reacción dictatorial expresamente nacionalista y también socialista o de tendencia socializante, al desafío del Estado totalitario bolchevique doctrinalmente internacionalista.

El Estado fascista no fue propiamente totalitario como el bolchevique o luego el nacionalsocialista, aunque tuviera también como lema «todo en el Estado, nada fuera del Estado». En realidad, un italiano antifascista inventó la palabra totalitario para caracterizar al fascismo. Sin embargo, les gustó a los fascistas y no tuvieron empacho en utilizarla propagandísticamente.

En efecto, el término “totalitario” fue puesto en circulación por el fascismo italiano. Giovanni Amandola fue el primero que describió el fascismo como un sistema totalitario, en un artículo publicado el 12 de mayo de 1923 en el periódico *Il Mondo*. Mussolini retomó el término por su cuenta en su célebre discurso pronunciado el 22 de junio de 1925 en el Teatro Augusteo: «*¡Todo en el Estado, nada fuera del Estado! Tal es nuestra feroz voluntad, implacable y totalitaria!*».

El contexto indica que Mussolini se refiere tan solo al medio de superar la división entre el Estado y la sociedad. Esta mística del Estado corresponde a la “estatolatría” no al totalitarismo. Como señala A. de Benoist, el régimen fascista italiano no puede ser colocado entre los sistemas totalitarios. La importancia concedida al Estado bajo el fascismo hay que ponerla en relación con la relativa *mediocridad del papel del partido*. El fascismo italiano no fue totalitario más que en el sentido en que él mismo tomaba esta palabra. Como la mayoría de los politólogos reconocen actualmente, las diferencias entre los regímenes fascista y nazi superan con mucho sus similitudes. A juicio de A. de Benoist, «presentar el nazismo como una variante nacional de un amplio movimiento titulado “fascismo” es una concesión tardía al soviétismo. Quien emplee el sintagma “fascismo alemán” para designar el nazismo habla la lengua de Stalin»²¹.

La vulgarizada identificación del fascismo con el totalitarismo tiene su origen en el hecho de haber adoptado el vocablo totalitario para caracterizar ideológicamente su nacionalismo y en la propaganda soviética y socialista, entre otras razones para disimular que el nacionalsocialismo es, después de todo, expresamente socialista, un socialismo nacional, como también lo fueron el propio fascismo y el socialismo soviético.

El *fascismo italiano*, que invocaba el pasado imperial de la Roma de los Césares, mitificándolo, era *autoritario* sin llegar a ser verdaderamente totalitario²². En todo caso, no se lo puede juzgar por los cambios introducidos al entrar en la guerra como aliado del Estado nacionalsocialista alemán y menos aun por la efímera República de Saló organizada por Mussolini al dividirse Italia en 1943 en proalemanes y antialemanes. Proclamarse antiliberal o rechazar la democracia,

²¹ A. DE BENOIST, *Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989)*, Áltera, Barcelona 2005, 94.

²² Cf. D. NEGRO PAVÓN, *Historia de las formas del Estado. Una introducción*, El buey mudo, Madrid 2010, 346-349; A. DE BENOIST, *Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989)*, Áltera, Barcelona 2005, 91 ss.

como hizo formalmente contraponiéndole la jerarquía, no constituye por sí solo una prueba de totalitarismo; incluso puede significar lo contrario cuando la democracia deviene una democracia totalitaria.

Centrado en la figura de Mussolini, hombre con dotes de mando e instinto político y con sentido del humor, una especie de *condottiero*, quizá fue más bien *un caso del cesarismo* en auge tras la guerra mundial. Eso es sin duda una causa de su incoherencia y oportunismo doctrinal. Conservó la Monarquía en una especie de *entente* traicionada finalmente por el rey, procuró mantener buenas relaciones con la Iglesia y la religión como parte de la tradición italiana, mantuvo la distinción entre lo público y lo privado, etc.

8. El Estado totalitario nacionalsocialista

El Estado totalitario nacionalsocialista, aunque enemigo de la burguesía en tanto socialista, no pretendía tanto destruir Europa como revitalizarla purificando la raza que por sus cualidades debería ser la dominante: la raza aria. Hizo del *darwinismo social* el núcleo de su ideología, tomando del fascismo la idea de neutralizar la lucha de clases mediante el nacionalismo y del modelo soviético los métodos, tanto los violentos como la planificación económica.

La peculiaridad de la ideología del Estado nacionalsocialista consiste en que conservando la primacía de lo técnico-económico, no fue mecanicista sino biologicista darwinista. Carlos Castrodeza observa que «la esencia del darwinismo es la guerra abierta total» y el nacionalsocialismo inauguró oficialmente lo que llama este autor la *darwinización del mundo*, cuya idea fuerza consistiría en que la evolución de la cultura es correlativa a la de los genes, lo que legitima la manipulación del ser humano, en este caso, de los o arios²³.

El Estado nacionalsocialista fue abiertamente un *Estado nihilista* movido por la voluntad de poder, que *reducía lo humano a lo biológico*. A diferencia del marxismo-leninismo, y del fascismo, preocupados por las clases sociales, el biologicismo nacionalsocialista erigió la raza aria, el Volk, como principio jerárquico supremo identificándola con la nación política.

El titular de la soberanía era el Führer, a imitación del Duce italiano, como representante del Volk, el pueblo, cuya voluntad y espíritu se manifestaban por su palabra. La policía secreta era todopoderosa como en el Estado soviético, de manera que las garantías jurídicas eran nulas. La única libertad, era, como en el Estado soviético, la libertad colectiva (*todo el hombre es público*, es el signo distintivo del totalitarismo).

En contraste con el Estado totalitario soviético, que sobrevivió hasta el final de la Guerra Fría (1917-1989), el Estado totalitario nacionalsocialista, doctrinalmente un Estado popular proletario, *duró escasamente doce años*. Hitler llegó al poder en unas elecciones democráticas y comenzó a construir democráticamente el nuevo Estado en 1933, lo que lo legitimó a los ojos de todos, de acuerdo con la tesis de la legitimidad legal inherente a la democracia. La utilización

²³ Cf. C. CASTRODEZA, *La darwinización del mundo*, Herder, Barcelona 2008.

del procedimiento democrático –la sacralización del voto- para el acceso de la tiranía al poder hizo escuela. Hoy es una práctica corriente.

Puso fin al experimento nacionalsocialista la aplastante derrota de 1945. Por eso y por la circunstancia de la guerra, no llegó a desarrollar el núcleo de su ideología. En ella, destaca su *biologicismo social*, destinado a *resurgir* con fuerza tras la *revolución cultural de mayo de 1968*, que introdujo el cambio histórico culminado en 1989-1992 con la implosión del Estado soviético, en la forma de *bioideologías* al decaer las grandes ideologías del siglo XIX.

El Estado nacionalsocialista no dejó sucesores como el Estado soviético, sino muchos elementos e ideas dispersos en el ambiente. Un ejemplo ilustrativo de la vigencia de las ideas, actitudes y métodos del nacionalsocialismo puede ser el siguiente: Hitler dijo públicamente, para justificar la aniquilación de los judíos, que «un judío, independientemente de su edad, es, evidentemente, *un ser vivo*; ahora bien, *no puede afirmarse que sea un ser humano*, no hay base científica para ello»²⁴. En España, la ministra del Gobierno de Rodríguez Zapatero, Bibiana Aído, ha repetido, también en público, esa misma frase –cuyo origen, por supuesto, ignora- ampliando la extensión del concepto de judío a todos los seres humanos y de manera más categórica: «Un feto de trece semanas es un ser vivo, pero no puede ser un ser humano, pues eso no tiene ninguna base científica»²⁵. Lo que por otra parte, en lo que concierne a la ciencia, es falso.

9. Nacionalsocialismo y progresismo

Socialismo y comunismo murieron como religiones al derrumbarse su santuario, el Imperio Soviético. Ni la China comunista, que ha introducido la propiedad privada, es ya comunista, y sólo es socialista por razones de orden público. Del comunismo quedan residuos –Cuba, Corea- cuya situación geopolítica les ayuda a sobrevivir.

Para bien o para mal, el capitalismo se ha impuesto. En realidad, lo que se llama capitalismo es la economía de mercado, una economía natural, y el mercado es una creación del Derecho que garantiza la seguridad del tráfico mercantil y la propiedad. En este contexto, en los asuntos políticos los socialistas sólo pueden hacer promesas inalcanzables, fantásticas, por lo que se hacen fuerte en el *progresismo*, cuyo mayor adalid en el siglo XX fue el Führer Adolfo Hitler, un darwinista social cuyas preocupaciones biologicistas han dado mucho fruto.

En efecto, el progresismo actual –que no hay que confundir con el progreso- debe su aceptación al nihilismo de las sociedades occidentales apoyado por la neutralidad estatal, la difusión permanente de ideas nihilistas y el espíritu de bienestar denunciado por Tocqueville como uno de los grandes peligros a que está expuesta la democracia. El progresismo permite a los anteriores socialistas para sobrevivir prometer toda clase de acciones legales en *cuestiones puramente morales*, no políticas, fundadas en el *evolucionismo* más o menos darwinista.

²⁴ *Ibidem*, 263.

²⁵ Cf. *Diario Público*, 19-5-2009.

El evolucionismo darwinista les facilita la censura de la cultura existente en cualquier aspecto que parezca atraer algunos votos y proponer cambiarla, porque nada es verdad ni mentira, todo es relativo y dependiente de las circunstancias históricas. Es decir, *no existe la naturaleza humana, el ser humano*. El hombre puede ser moldeado a voluntad por los hombres. Es normal relacionar el progresismo con el marxismo o el comunismo. Sin embargo, la relación es cada vez más discutible: el impacto del nacionalsocialismo, avalado por su afincamiento en la nación entonces más culta del mundo –eso se dice- ha sido mucho mayor y más decisivo. En este sentido, D. Negro Pavón observa que «los *progresistas actuales*, en vez de criticar y condenar a Adolfo Hitler, deberían ver en él su *profeta* o por lo menos su *santo patrón*»²⁶.

El nacionalsocialismo es mucho más revolucionario, más decididamente progresista que el comunismo y el fascismo (Mussolini era un hombre anticuado); a él cabe imputar mejor que al bolchevismo, muchas de las actitudes hoy en boga. Todo ello sobre el subsuelo del nacionalismo, el mito de la Nación política, difundido por la Revolución francesa y acentuado desde la Revolución de 1848, en la que empalmó con la difusión de otras ideologías y el científicismo más o menos positivista, cuyo espíritu es el mismo del contractualismo político.

La idea de la conexión entre el nacionalsocialismo y el progresismo vigente no es nueva. El nacionalsocialismo es esencialmente progresismo en contraste con el comunismo o bolchevismo, que es sustancialmente “pasadismo”. El pensamiento de Marx pertenecía al siglo XIX aunque lo actualizaron algo Lenin y Stalin.

La conexión entre el nacionalsocialismo y el progresismo ya la vio Karl Jaspers, y Heidegger la entrevió durante su ilusionada y breve colaboración con el nacionalsocialismo (igual que otras grandes figuras alemanas), de la que se sintió avergonzado el resto de su vida según le confió a Jaspers, su mejor amigo intelectual. Es decir, en su conjunto, la *brutalidad comunista*, incluidos los *Gulag*, pertenece al pasado, *es puramente física*; la brutalidad nacionalsocialista –*Auschwitz*– refinada desde el principio, más científica, anuncia la del futuro, es una *brutalidad biológica*.

Hitler no era un hombre ignorante, inculto, disparatado en sus decisiones militares²⁷, como a veces se ha dicho. Todo lo contrario, era un hombre inteligente, de excelente nivel cultural, con gran sentido de la estrategia, al parecer no descreído e incrédulo en lo que respecta a las etnias; y dotado de un gran sentido político. Mas era un *progresista*, adalid de una nueva civilización, y por sus orígenes (no por sus convicciones) del tipo católico progresista. Fue el revolucionario más grande del siglo XX, el campeón de la nueva civilización.

La revolución hitleriana es la *revolución del nihilismo*, como la llamó en un libre célebre H. Rauschning, un antiguo nacionalsocialista. En esta ideología, “la biología se convirtió en base no sólo de la doctrina sobre el hombre, sino también de las ideas sobre la cultura, sobre el Estado y sobre la religión”²⁸. Una de las fuentes principales de la biologización de la existencia es el libro absurdo del ideólogo nazi A. Rosenberg, *El mito del siglo XX*, destinado a ser la base de esta ideología. Es un ataque al judaísmo y al catolicismo con la intención de sustituirlos por una *nueva religión de la sangre*; al mito de la sangre le acompaña el mito de la tierra. La

²⁶ D. NEGRO PAVÓN, *Historia de las formas del Estado. Una introducción*, El buey mudo, Madrid 2010, 356.

²⁷ Así lo muestra en su gran libro J. LUKACS, *El Hitler de la historia*, Turner/Fondo de Cultura, Madrid 2003.

²⁸ R. GUARDINI, *El mesianismo en el mito, la Revelación y la política*, Rialp, Madrid 1948.

llamada *cultura de la muerte* tiene un origen muy concreto en el nacionalsocialismo, ideología también muy influyente en los medios radicales islámicos.

La Segunda Guerra Mundial finalizó con el hundimiento del nacionalsocialismo y del fascismo. ¿Cabe decir que ese lugar vacío ha sido ocupado por ideologías nuevas que soliciten la adhesión de fuerzas nuevas? Sería difícil afirmarlo. Ni el existencialismo ni el neutralismo han conseguido constituir una fuerza política. Mientras el liberalismo, el conservadurismo y la social-democracia de Occidente tratan de renovarse, en África, en Asia y en América latina aparecen ideologías nacionalistas de tipo aparentemente nuevo.

El nacionalismo árabe ha dado en los últimos años numerosas pruebas de su fuerza explosiva, el conflicto entre árabes y judíos aparece en muchos aspectos como un choque entre nacionalismos. El apoyo del Ejército, las interferencias entre fuerzas religiosas y políticas, el llamamiento a las clases populares, una especie de anticapitalismo conservador, un cierto neutralismo, son rasgos dominantes que aparecen en la mayoría de los nacionalismos actuales.

Queda por saber si esos nuevos nacionalismos darán nacimiento a regímenes dictatoriales de estilo clásico que sustituyan a las democracias actuales. Es el problema que se plantean en el momento actual los estudiosos de la historia de las ideas políticas.

La caída de los sistemas totalitarios del siglo XX no aleja el espectro del totalitarismo. Invita más bien a interrogarnos sobre las nuevas formas que éste podría revestir en el futuro. Es bien conocido el célebre pasaje del libro de Tocqueville, en *La democracia en América*: «Pienso que el modo de opresión que amenaza a los pueblos democráticos no se parece en nada a lo que conocimos en los universos del pasado; nuestros contemporáneos no pueden imaginárselo recurriendo a sus recuerdos. Yo mismo busco en vano la expresión que encierre y manifieste exactamente la idea que de ello me hago. Las antiguas palabras de despotismo y tiranía no convienen para este asunto».

Tocqueville, en este texto, no pensaba en un sistema de opresión basado en la violencia, sino más bien en una *nueva forma de servidumbre* en la que el hombre se vería plácidamente privado, incluso con su propio asentimiento, de su humanidad. El tema no es nuevo, ya aparece en *El discurso de la servidumbre voluntaria* de Etienne de La Boétie. En la novela *1984*, de Orwell, El Gran Hermano (el torturador que todo lo ve y controla) logra no solo hacerse obedecer, sino hacerse querer por aquellos a los que ha reducido al estado de esclavos.

Mientras que el anticomunismo se ha extinguido casi por completo con la caída del sistema soviético, y aun cuando el fascismo y el nazismo se han derrumbado desde hace mucho más tiempo, el *antifascismo* sigue siendo un tema de actualidad. Forma parte de lo *políticamente correcto* y constituye una inversión tanto más rentable cuanto que está absolutamente desprovista de riesgo. En la época de los fascismos reales, el antifascismo podía conducir a los campos de concentración o ante el pelotón de ejecución. El nuevo antifascismo solo constituye un medio entre otros, pero sumamente destacable, para que a uno le abran las puertas de los medios de comunicación y de las cadenas de televisión.

El antifascismo contemporáneo constituye, ante todo, una expresión de la pereza intelectual, pues siempre resulta más fácil identificar los males del pasado que darse cuenta de los del presente. El neoantifascismo se caracteriza por ampliar sin limitación el campo de lo que estigmatiza como “fascista”. Es una demonología que se parece cada vez más, tanto por sus métodos como por las pasiones negativas que lo vertebran, al fascismo que pretende combatir. Los neoantifascistas sucumben a la tentación del pensamiento binario. *La izquierda*, decía profundamente Orwell, *es antifascista, no es antitotalitaria*.

Se ha creído, en los últimos años del comunismo, que se había corregido tal defecto. Sin embargo, no es así, al menos por lo que atañe a la izquierda intelectual, la cual vuelve a dar vida al esquema de la *alternativa única*. La escena pública, interior y mundial, queda reducida al enfrentamiento de dos fuerzas antagónicas (Abel y Caín), los buenos y los malos, el pueblo en lucha y el resto de la sociedad en vías de fascistización. El pluralismo es así una apariencia y la política un combate sin merced que tiene que acabar con la erradicación del mal, es decir de los antifascistas, que lo son potencialmente todos los que no sean de izquierdas. Hay que completar la frase de Orwell: cuando la izquierda deja de ser antitotalitaria para ser solamente antifascista, vuelve a hacerse totalitaria²⁹.

La era abierta en 1917 concluyó en 1989. La posmodernidad plantea una problemática que nada tiene que ver con la que le precedió. La tozudez de concebir el futuro tan solo como una repetición del pasado, la terquedad de querer entrar en el siglo XXI marchando hacia atrás, impide imaginar lo que podría ser un totalitarismo futuro.

CUESTIONARIO

1. ¿Cuáles son las semejanzas entre el nacionalsocialismo y el comunismo?
2. ¿Qué relación tiene Hegel con los totalitarismos del siglo XX?, ¿y Nietzsche?
3. ¿Qué papel juega el mito, y el carisma en el nacionalsocialismo y en el fascismo?
4. ¿Qué significa que el totalitarismo es un “estado del espíritu”?
5. ¿Cuáles son las características del totalitarismo?, ¿qué frase lo define?
6. ¿Qué son los Gulag?, ¿En qué se diferencia la violencia nazi de la comunista?
7. ¿Fue el Estado fascista un Estado totalitario?, ¿por qué?
8. ¿Qué relación tiene la nueva ideología progresista con la nacionalsocialista?
9. ¿Quién inventó lo *políticamente correcto*?

TEXTOS

HAYEK, F.A., *Camino de servidumbre*, trad. J. Vergara, Alianza Editorial, Madrid 2010⁷.

HITLER, A., *Mi lucha*, Antalbe, Madrid 1984.

LENIN, V.I.U., *El estado y la revolución*, Alianza Editorial, Madrid 2006.

MUSSOLINI, B., *El fascismo*, Ediciones Bau, Barna 1976.

NIETZSCHE, F., *En torno a la voluntad de poder*, Planeta, Barcelona 1986.

POPPER, K., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona 1994.

SOREL, G., *Reflexiones sobre la violencia*, Crítica filosófica, Madrid 1987.

STRAUSS, L., *Sobre la tiranía*, trad. L. Rodríguez Duplá, Encuentro, Madrid 2005.

²⁹ A. DE BENOIST, o.c., 170.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid 2001.
- _____, *Sobre la violencia*, Alianza Editorial, Madrid 2005.
- _____, *Eichmann en Jerusalén*, Debolsillo, Barcelona 2006².
- APPLEBAUM, A., *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Debate, Barcelona 2005².
- BENOIST, A. DE, *Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989)*, Áltera, Barcelona 2005.
- BOÉTIE, E. DE LA, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Trota, Madrid 2008.
- BURLEIGH, M., *El Tercer Reich: una nueva historia*, Taurus, Madrid 2002.
- CASTRODEZA, C., *La darwinización del mundo*, Herder, Barcelona 2008.
- COURTOIS, S. (ed.), *El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión*, Ediciones B, Madrid 2010.
- EBENSTEIN, W., *El totalitarismo*, Paidós, Buenos Aires 1965.
- FAYE, J.P., *Los lenguajes totalitarios*, Taurus, Madrid 1974.
- GONZÁLEZ “EL CAMPESINO”, V., *Yo escogí la esclavitud*, Ciudadela, Madrid 2006.
- GUARDINI, R., *El mesianismo en el mito, la Revelación y la política*, Rialp, Madrid 1948.
- HAYEK, F.A., *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid 2010⁷.
- HELLER, M., *El hombre nuevo soviético*, Planeta, Barcelona 1985.
- HITLER, A., *Mi lucha*, Antalbe, Madrid 1984.
- HUXLEY, A., *Un mundo feliz*, Debolsillo, Barcelona 2008.
- JOUVENEL, B., *El poder. Historia natural de su crecimiento*, Editora Nacional, Madrid 1956³.
- LEWIS, C.S., *La abolición del hombre*, Encuentro, Madrid 1998³.
- LUKACS, J., *El Hitler de la historia*, Turner/Fondo de Cultura, Madrid 2003.
- NEGRO PAVÓN, D., *Historia de las formas del Estado. Una introducción*, El buey mudo, Madrid 2010.
- _____, *El mito del hombre nuevo*, Encuentro, Madrid 2009.
- MISES, L. VON, *El socialismo. Análisis económico y sociológico*, Hermes, México 1961.
- MUSSOLINI, B., *El fascismo*, Ediciones Bau, Barna 1976.
- ORWELL, G., *Rebelión en la granja*, Destino, Barcelona 2008⁴.
- _____, *1984*, Austral-Destino, Barcelona 2008³.
- PAYNE, S., *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid 1982.
- POLIN, C., *Le totalitarisme. Que sais-je*, PUF, Paris 1982.
- POPPER, K., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona 1994.
- SCHAPIRO, L., *El totalitarismo*, Fondo de Cultura Económica, México 1981.
- SCHMITT, C., *Legalidad y legitimidad*, Aguilar, Madrid 1971.
- SOLZHENITSYN, A., *Archipiélago Gulag*, 3 vols., Tusquets, Barcelona 2008³.
- SOREL, G., *Reflexiones sobre la violencia*, Crítica filosófica, Madrid 1987.
- SOTELO, I., *Del leninismo al estalinismo*, Tecnos, Madrid 1976.
- VOEGELIN, E., *Les religions politiques*, Cerf, Paris 1994.